

NO QUEDARÁ NADIE (Francisco Puche Díaz)

Mis manos,
sarmiento nudo, mapa de venas,
papel de fumar que el cierzo desgarrar.
Dicen que mi hijo tiene éxito, en la ciudad,
un banco, una prisión de cristal, un aire de mentira.
Él, esclavo del segundero;
ella, prófuga de sí misma en aviones,
libando por oficinas de nada;
mis nietos, extraños que habitan sus pantallas,
islas de silencio en una casa sin alma.
—Ven con nosotros, padre, no te quedes solo.
Aquí tendrás de todo, que mamá ya no está.
Y fui.
Pero un mes de sirenas es un siglo de muerte.
Allí el silencio no existe,
solo el vacío.
He vuelto a Sarnago.
Regresé hace dos noches para escuchar el latido:
el cri-cri de la cigarra, sístole del mundo,
el clac de la piedra que se sabe cansada.
Sospecho que mi hijo, encadenado a su horario,
aún no se ha dado cuenta de que mi cama
en la ciudad
está fría.
Ahora, un hachazo de escarcha me taja el pecho.
Frente a la fachada, mis ojos se clavan
en la boca del pajar,
marco del más bello de los cuadros,
lienzo de rastrojo y nubes sobre los campos de Soria,
marco sin casa, garganta de sombra y olvido.
Me duele el dintel que se rinde.
Si yo caigo, ¿quién sostendrá la mampostería?
¿Quién dirá a los nietos que la jara huele a gloria?
¿Quién alimentará el hambre de las gallinas
cuando mi sombra se funda con la costra de la tierra?
Me desplomo.
La hierba seca me acuna, cruje: tris, tras.
Siento el abrazo de la piedra fría,
Madre última que no me juzga.
Y antes de la negrura, un estruendo seco.
¡Croc!
La piedra ha cedido.
El dintel se ha rendido.
Ya no queda nadie para levantarnos.
A lo lejos,
una cigarra canta.